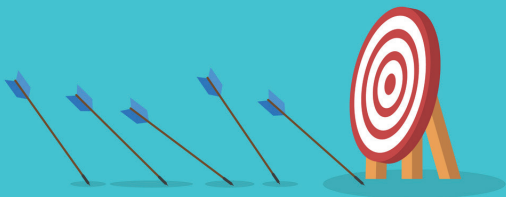


OBRAS *inútiles*



Nací en el estado de Veracruz y crecí en un hogar católico, en donde recibí todos los sacramentos que solicita la religión popular. Mis padres son muy aplicados para cumplir los reglamentos, y por eso crecí pensando que necesitaba hacer algo para ganarme el cielo.

Salí de mi pueblo a los 19 años para ingresar al convento de religiosas franciscanas, porque sentía la necesidad de que tenía que hacer algo más santo y grandioso para estar más cerca de Dios. Estuve en el convento por cuatro años y medio; todos los días escuchaba la misa, leía la Biblia y meditaba en ella, y hacía una oración muy de mañana. Me gustaba mucho cuando me tocaba tocar la guitarra o el piano en las celebraciones, pues sentía que el Señor se agradaba de eso. Cuando realizaba las actividades diarias del convento, como limpiar, lavar, o hacer la comida, y alguna de mis compañeras no terminaba y ya casi teníamos que ir al salón a clases, tenía que ir a ayudarla. Si no iba me sentía culpable, porque pensaba que perdía un pedacito de cielo y al otro día tenía que estar muy pendiente para que no me pasara lo mismo.

Algunas veces hicimos peregrinaciones de Xalapa a Xico (unos 25 Km), porque eso era lo que mandaba el papa para

obtener indulgencia por los pecados. Este perdón duraba un año, y pasado ese tiempo teníamos que hacer otra cosa. Así, siempre tenía en mente en todo momento que haciendo algo mal perdía la salvación, el derecho de ir al cielo.

En diciembre de 2006 conocí a un muchacho y desde la primera vez que hablé con él me compartió el Evangelio, que la vida eterna sólo se obtiene por medio de Jesucristo. Como yo no estaba de acuerdo, lo ignoré, aunque hacía como que lo estaba escuchando. Pero cada vez que estábamos en contacto me hablaba de la salvación, y yo siempre le insistía que tenía que hacer algo para tenerla, porque no podía ser tan fácil como él me decía.

Así pasó el tiempo, hasta que el 17 de marzo de 2008 él me dijo que un amigo suyo estaba de visita y quería que yo lo conociera. Yo sabía que era para hablar del Evangelio, pero solo por quedar bien le dije que sí. Cuando nos reunimos, el amigo abrió su Biblia y empezó a leer varios versículos. Aún en mi mente pensaba que él no iba a convencerme, hasta que empezó a leer Efesios 2.8-9: "Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se

gloríe”. No por obras. En ese momento se me abrieron los ojos a la inutilidad de lo que yo estaba haciendo y me quedé sin palabras. Esa frase quebrantó mi corazón. Entonces el amigo me preguntó: “¿Qué necesitas hacer para tener la salvación?”. “Nada”, le dije. “Ya todo está hecho”. Cristo había hecho todo para darme el perdón de mis pecados, y yo ya no necesito hacer nada, ni ritos, ni rezos ni tradiciones.



Mónica Flóres



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com